

## **DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS**

### **nn. 75,76,80 Y 130**

---

**75.** En el centro de todo proceso de catequesis está el encuentro vivo con Cristo. «El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad»<sup>102</sup>. La comunión con Cristo es el centro de la vida cristiana y, por consiguiente, el centro de la acción catequística. La catequesis está orientada a formar personas que conozcan cada vez más a Jesucristo y su Evangelio de salvación liberadora; que vivan un encuentro profundo con El y que elijan su modo de vida y sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,5), comprometiéndose a realizar, en las situaciones históricas en que viven, la misión de Cristo, es decir, el anuncio del reino de Dios.

**76.** El encuentro con Cristo involucra a la persona en su totalidad: corazón, mente, sentidos. No solo concierne a la mente, sino también al cuerpo y sobre todo al corazón. En este sentido, la catequesis, que ayuda a la interiorización de la fe y con ello ofrece una aportación insustituible al encuentro con Cristo, no es la única que favorece la consecución de esta finalidad; sino que lo hace con las otras dimensiones de la vida de fe. En efecto, en la experiencia litúrgica-sacramental, en las relaciones afectivas, en la vida comunitaria y en el servicio a los hermanos, tiene lugar algo esencial para el nacimiento del hombre nuevo (cf. Ef 4,24) y para la transformación espiritual personal (cf. Rom 12, 2).

**80.** La catequesis tiene la tarea de fomentar el conocimiento y la profundización del mensaje cristiano. De esta manera ayuda a conocer las verdades de la fe cristiana, introduce en el conocimiento de la Sagrada Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia, promueve el conocimiento del Credo (Símbolo de la fe) y genera una visión doctrinal coherente, a la que se puede hacer referencia en la vida. Es importante no subestimar esta dimensión cognitiva de la fe y tener cuidado de integrarla en el proceso educativo de la maduración cristiana integral. De hecho, una catequesis que opusiera contenido y experiencia de la fe resultaría un fracaso. Sin la experiencia de la fe uno se vería privado de un verdadero encuentro con Dios y con los hermanos; sin contenido, se impediría la maduración de la fe, capaz de introducir en el sentido de la Iglesia y de vivir el encuentro y la confrontación con los demás.

**130.** A lo largo de los siglos, la Iglesia nunca ha dejado de dar prioridad a la formación de catequistas. Al comienzo del cristianismo, la formación, que se realizaba de manera experiencial, giraba en torno al encuentro vital con Jesucristo anunciado con autenticidad y testimoniado con la vida. El carácter testimonial se convirtió en el rasgo distintivo de todo el proceso de formación, que consistía en introducir progresivamente en el misterio de la fe de la Iglesia. Sobre todo, en un período como el actual, es importante considerar seriamente la rapidez de los cambios sociales y la pluralidad cultural con los desafíos que de ellos derivan. Todo ello manifiesta que la formación de los catequistas requiere una atención especial porque la calidad de las propuestas pastorales está estrechamente ligada a las personas que las ponen en práctica. Ante la complejidad y las exigencias de los tiempos en que vivimos, es deber de las Iglesias particulares dedicar energías y recursos adecuados a la formación de los catequistas.